

**Héctor Cataldo González**  
*Universidad de Santiago de Chile*  
hector.cataldo@usach.cl

## **“Pólemos y stásis. Vestigios y bordes trágicos de lo bélico y lo político”**

**Juan Pablo Arancibia Carrizo. Editorial Palinodia, Santiago de Chile; editorial La Cebra, Buenos Aires. Año 2023, 394 páginas.**

DOI 10.35588/rp.v0i20.6559

Estamos en presencia de un texto cuyos contenidos parecieran hablarles a los cuerpos que somos, pues, durante y después de su lectura, la carne palpita y estremece como si ella estuviera solidarizando con los cuerpos yacidos en los diversos campos de batalla mundiales. En efecto, estudiar y comprender la guerra significa internarse en un “campo de batalla”, en relaciones de vida y de muerte reales, y no simplemente abstractas, donde los cuerpos, en sus contrarios, duelen o placen, más allá de lo que indique un argumento, y en consonancia con las condiciones materiales de su vida. Más todavía, cuando en el texto recorren, como hilo imbricador, los fundamentos por los cuales habrá que entender que la política y la guerra son lo mismo. Ahora bien, y en virtud de la formación de la subjetividad a la que estamos expuestos, habrá quienes sostienen, por un lado, la separación de ambas dimensiones de lo humano y, por otro, y como dispositivo de realidad de lo anterior, la “creencia” de que la paz es distinta de la guerra, fenómeno éste cruento que ocurre en zonas geográficas distantes. La investigación en cuestión es bastante fértil para mostrar que tal comprensión obedece a una “política de guerra”, es decir, la “clase de ciudadanos dominante” ha decidido qué es lo que hay que pensar, querer, desear, soñar, sentir, percibir, anhelar, y lo que no. Y en términos más amplios, la investigación llama “políticas de seguridad” a aquel conjunto de dispositivos jurídicos, económicos, médicos, militares, que aseguren que estas “políticas de guerra” se puedan cumplir, y que la población pueda autocomprenderse, entonces, como en “paz”.

Documentar rigurosamente la indistinción entre guerra y política, permite mirar los procesos de existencia humana desde una óptica novedosa, a saber, y como el autor lo indica, desde la “ontología de la contrariedad”, esto es, situar los fenómenos humanos al interior de una perenne lucha de fuerzas, fenómenos que resultan de esa lucha y no causantes de aquella. Es así como la investigación en cuestión comprende el famoso aforismo de Heráclito: “Guerra es padre de todas las cosas, el rey universal, que presenta a unos como dioses y a otros como hombres, a unos como esclavos y a otros como libres” (104). Junto con exponer una sabrosa discusión en torno a las diversas traducciones e interpretaciones de este aforismo, el autor nos precisa que la belicosidad de las relaciones humanas habrá que entenderlas bajo un conjunto categorial que excede la comprensión de lo militar y resitúa aquellas relaciones bajo lo que el texto llama “guerra total”: todas las dimensiones de la vida, y de todo lo vivo, están fraguadas en una confrontación de fuerzas, de las que resultan los cuerpos dispuestos para el trabajo, la explotación o extracción de energía que hacen posible hoy, y como antes, la existencia de una vida en holgura y dichosamente potenciada de un pequeño sector de la población mundial. Que lo que llamamos en general “organización de la vida”, y la “vida misma”, sea el resultado de fuerzas que colisionan, hace posible, y he aquí lo que considero potente de esta investigación, examinar los fenómenos humanos a partir de las intensidades propias del encuentro litigante, de las asperezas que surgen del trenzado en que los cuerpos se baten imponiendo la voluntad entre sí. Así las cosas, esta investigación está inscrita en una larga tradición que transita en paralelo al despliegue de las fuerzas dominantes, pero en el borde, siempre presente y excluida, y por lo mismo, siempre en riña y fortaleciéndose. Heráclito, Tucídides, Spinoza, Marx, Nietzsche, entre otros, se dejan ver en este *conatus*. Y el texto mismo, por supuesto, adscribe a esta línea insumisa. El aforismo de Heráclito, entonces, habrá de ser tratado en la rigurosidad que la investigación le otorga, a saber, el que la guerra pertenece a la *physis* como principio de realidad: la lucha, el enfrentamiento, el conflicto, están en el devenir mismo de la naturaleza, en el devenir mismo de todo lo que existe.

Como documenta el texto, en el origen y fundación de la Polis, de la democracia y de la política, la guerra cumple dos papeles al unísono; por un lado, hacer posible y resguardar tal

fundación y, por otro, canalizar la agonalidad propia de lo que se funda, haciendo del ciudadano un guerrero, es decir, anulando la diferencia posible entre política y guerra. Sin embargo, en el proceso de destrucción de la Polis de Atenas, se separa a los ciudadanos de la dimensión guerrera que les daba sentido en cuanto ciudadanos atenienses, reemplazándolos por mercenarios, y posteriormente en ejércitos profesionales o especializados, y reduciendo su condición de ciudadanos a meros gobernados. Dicho de otro modo, si la democracia garantiza la isonomía, es decir, el que ningún ciudadano mande ni obedece a otro, es en las otras formas de gobierno donde se plasma la relación gobernante/gobernado, a condición de no ser soldado estableciendo una relación legal de sumisión a la fuerza triunfante, fuerza que marca los límites en los que las otras fuerzas deben realizarse. Sin embargo, y como la investigación lo hace patente, esta relación legal de sumisión no es, sino, el “mundo” que la fuerza triunfante impone a las otras fuerzas, y que debe generar las condiciones para que tal triunfo perdure en el tiempo; por de pronto, las condiciones subjetivas. Esta investigación lo ejemplifica con Heródoto y los escitas.

Para nuestra época, en el que el desarrollo tecnológico de la comunicación ha copado el conjunto de las relaciones humanas, otorgándole verosimilitud a éstas si realizamos tal relación por medio de aquellas tecnologías, tal relación sólo es posible a condición de, a lo menos, dos requisitos fundamentales, y que se enmarcan en el despliegue profundo de esta investigación: por un lado, aislar a los cuerpos; por otro, hacer posible su relación por medio de la vigilancia y el control. De este modo, discurre en la implementación de estas tecnologías virtuales una de las máximas de la guerra, a saber, mantener a las fuerzas contrarias sin posibilidad de conformarse en una fuerza que luche y, al mismo tiempo, acceder a la mayor cantidad de información sobre aquellas. Las tecnologías virtuales son tecnologías de guerra, cuya función escurre y determina el modo y manera de la relación humana hoy.

Finalmente, no podemos dejar de mencionar la relación entre nuestras democracias y la original. Sin duda que 25 siglos de distancia histórica han hecho proliferar grandes diferencias. Pero, y como también lo refiere esta investigación, hay algo que resuena en nuestras democracias que también se encuentra en la original, como si sus momentos constituyentes fuesen los mismos.

En efecto, en Chile, nuestra democracia está lejos de hacer de la ciudadanía una ciudadanía-guerrera, pero no es menos cierto que las familias dueñas y fundadoras de este país, poseen para sí todo el conjunto de la fuerza militar que requieren para mantenerse en la condición privilegiada de señorío. El actual proceso constituyente es sólo una muestra. Cada vez que han requerido de la intervención militar para mantener el orden que emana del triunfo de la guerra originaria, “su” ejército así ha sido dispuesto. El resto estamos desarmados. Pues bien, si seguimos el hilo conductor de la investigación, ¿quiénes eran los desarmados en la democracia griega? Los esclavos, esclavas, mujeres, niños, niñas y extranjeros.